

ENCUENTROS EN VERINES 2012
Casona de Verines. Pendueles (Asturias)

HORMIGAS EN BUSCA DE ETIQUETA LITERARIA
(Una reflexión sobre el lector implícito del autor/a)

Mariasun Landa

Respecto al tema que nos ocupa, he de confesar que en el caso de la literatura juvenil, creo percibir más claramente las fronteras que el propio territorio que se supone ocupa esta modalidad dentro del sistema literario:

fronteras de edad,

fronteras entre las obras,

fronteras entre el texto y la imagen,

fronteras entre libros escolares y de ocio, fronteras entre LIJ y artes plásticas,

y –mal que nos pese- fronteras entre literatura mayor y menor.

Demasiadas fronteras para un territorio, un concepto, una realidad bien nebulosa e indefinida. Muchos han hablado de la Literatura Juvenil como un invento comercial, resultado de alargar la educación obligatoria hasta los 16 años. Por no mencionar lo extremadamente culturales que han sido y son los conceptos de infancia y juventud.

Por acogerme a algún tipo de delimitación, voy a referirme a la que solía hacer Emili Teixidor con quien coincidí en este mismo lugar hace algunos años y al que quisiera así rendir mi humilde homenaje. Teixidor, incluía entre los lectores juveniles a aquellos que, a partir de los doce años pasan de la literatura transparente y sin dificultades a ser un lector adulto, no en edad, sino en aceptar la complejidad del texto literario. Ese lector que es capaz de interpretar el texto, admitiendo las diferentes lecturas que se pueden hacer de él. No hace falta decir que, en este sentido, muchos de los lectores adultos o viejos son lectores juveniles.

Por otra parte, la literatura construye una relación triangular entre el autor, el lector y el texto. Esta evidencia fue ocultada en mi educación escolar que sólo atendía a la historia literaria, centrándose en los grandes escritores y sus obras; más tarde, siendo profesora, esa atención se dirigió principalmente a los textos y a su análisis; y hace ya algunos años, la cuestión de la recepción en la literatura, es decir, el interrogar a la literatura como un espacio social de intercambio y de encuentro en función del lugar que ocupa el lector, se ha convertido en uno de los enfoques más actuales y apasionantes. En el caso de la literatura juvenil, coloca al receptor, a los jóvenes, en el centro de la reflexión.

Pero, ya es hora de que lo diga: yo no tengo nada claro en quien pienso cuando escribo. De hecho, ¿cómo podemos hablar de escribir como si fuera un proceso único, cuando engloba tantas fases, tantos tanteos, euforias, desánimos, bloqueos, dudas, aciertos, descubrimientos? Si queremos reducirlo, casi ridículamente, yo trazaría al menos dos líneas: la de la “inspiración” y la de la “transpiración”, para entendernos rápidamente.

Es posible que, en un principio sólo escriba para mí. Por divertirme, desafiarme, intentar que lo que se me ocurre coja cuerpo, voz, coherencia... Yo lo vivo como algo gozoso, y no tengo muy claro quienes son mis interlocutores. Quizás, al ver que la historia ha cuajado, que no va a quedarse en un mero intento, cuando la fase creativa o gozosa ha terminado y empiezan las de la corrección, revisión, la labor de orfebre, sí que los hipotéticos lectores asoman por el escenario. Para decirlo todo, también es el momento de los invitados no deseados que, desde sus lugares vienen a visitarnos sin nuestro consentimiento consciente. Visitas que tienen por exclusivo quehacer torpedear lo que se nos acaba de ocurrir, que nos censuran, que se ríen o se enfadan con lo que estamos escribiendo. Aunque son despreciables, no hay que olvidar que uno mismo los ha invitado y que, por eso, uno mismo tiene que ir despachándolos. Aunque, a veces, cueste mucho, sobre todo, aquellos que nos susurran taimadamente que lo que hemos escrito no va a encontrar editorial que lo publique.

Teresa Colomer en su libro “La formación del lector literario”, menciona el concepto de pacto narrativo que desarrolló Batjtin, entendido éste como la significación del texto en una construcción negociada por autor y lector a través de la mediación del texto. Nos recuerda que el texto literario no sólo se transmite sino que se construye desde el autor al lector en un proceso de interacción. Los límites del significado se hallan entre las

intenciones del autor, la cognición del lector/a y las propiedades del texto. La habilidad del escritor se ve así constreñida constantemente por su sentido de la reciprocidad con los lectores y viceversa, ya que tiene que sopesar el nivel posible de referencias compartidas, detectar los puntos donde puede fallar la convergencia con el lector y ofrecer vías de solución:

Por ejemplo en el caso de la literatura infantil y juvenil:

- 1.--contextualizando suficientemente la información nueva con algún tipo de elaboración (una definición del término introducido)
- 2.-segmentando el texto en unidades manejables para el lector: párrafos, capítulos...
- 3.- estableciendo al inicio claramente el género del texto
- 4.- y ofreciendo, a lo largo del texto, los elementos meta discursivos que den instrucciones al lector/a sobre cómo interpretarlo...

En realidad, hasta ahora, de una forma u otra, he estado merodeando dos grandes temas que me parecen ineludibles ante el tema que nos reúne: el concepto de lector implícito y el desarrollo de la competencia literaria.

-Es decir, la creación en la mente del autor de un tipo de lector para el que, consciente o inconscientemente, se está escribiendo un texto literario y que puede coincidir o no con los lectores empíricos, o sea las personas reales que van a leerlo.

-Y por otra parte, la competencia literaria de esos lectores, el bagaje de conocimientos teóricos o históricos que no, necesariamente, pueden extraerse de los textos, sino que deben ser aprendidos socialmente, algo que requiere conocer no sólo los códigos de la lengua, sino también los códigos artísticos, ideológicos, de todo el sistema cultural de una sociedad

Pero, me veo obligada a hacer una pausa.

No lo he decidido yo, sino ellas.

Unas hormigas que, mientras escribía, han ido instalándose entre líneas. Que me amenazan con introducirse en mi maleta, con coger el coche hasta Verines –todo el mundo sabe lo empecinadas que son - y lo que es peor: pretenden que me deje de teorías y hable de ellas.

Son protagonistas de unos textos breves, quizás micro relatos la mayoría inéditos, que he ido escribiendo durante años, sin prisas, por reírme de mí misma y hasta de otros. En fin, un proyecto como tantos otros que viajan durante mucho tiempo con nosotros.

Como decía, a esas hormigas les preocupa saber cómo van a ser catalogadas, en qué estantería van a tener que instalarse, qué etiqueta les pondré o, lo que es más inquietante, qué etiqueta les pondrá alguna editorial cuando adquieran el estatus de publicación literaria: ¿Literatura general? ¿Literatura infantil? ¿Literatura juvenil? ¿De humor? ¿Fantasía? ¿Absurdo? Estas hormigas saben que escribí sobre ellas sin pensar en ningún tipo de etiquetación ni clasificación, que ahora que son muchas y las he ordenado alfabéticamente dándoles la forma de un diccionario, van a conocer de cerca las consecuencias de no ser textos de claras fronteras. Que es probable que su ubicación no dependa de mí, mucho menos su comercialización.

Lo mejor es que de paso a algunas: la hormiga neurótica, la naturista, la preguntona, la filósofa, etc., para que pueda proseguir más tarde con alguna conclusión, más personal que teórica, más de tanteo que de certeza.

1

Una hormiga no se gustaba nada, nada pero que nada. Y decidió hacerse la cirugía estética.

Le quitaron una pata, le agrandaron la cabeza, le implantaron una antena parabólica, así que quedó hecha una preciosidad.

Quedó tan guapa que fue rara y las demás hormigas le expulsaron del hormiguero asustadas porque creyeron que era una extraterrestre.

2

La hormiga neurótica del hormiguero acudió durante bastante tiempo al sicoanalista. Se quejó de su destino, culpó a sus progenitores de ser como era y a todos los dioses de la tierra por no haber sido una mariposa. Cuando el sicoanalista le dijo que la solución a su neurosis era aceptar la vida tal y como era, se sintió íntimamente estafada. Y con razón. El sicoanalista, de noche y a escondidas, seguía intentando volar como una libélula. Eso sí, sin sentimiento de culpabilidad.

3

¡Todos los insectos somos una gran familia!, dijo la hormiga cura. Entre nosotros no debe haber diferencia de sexo, tamaño, color ni nacionalidad, siguió diciendo.

¿Y las termitas también?, preguntó una hormiga rencorosa.

¡Esas ni me las nombres!

Y es que aquella hormiga cura había tenido una novia termita cuando estuvo de misionera en África. Y claro, no las podía ni ver.

4

Una hormiga quería estudiar filosofía porque no sabía quién era, de dónde venía, y a dónde iba. Pero no aprobó el examen de ingreso en la Universidad y siguió viviendo.

Así, sin más pretensiones.

5

Una mañana, una hormiga se despertó sin ganas de trabajar. Bueno, no sabía que aquello que sentía era pereza así que se dijo a sí misma: ya me podré manos a la obra dentro de un ratito. Al cabo de una hora, pensó que inmediatamente iba a hacerlo y, cuando al llegar el mediodía, seguía sin hacer nada, las otras hormigas se preocuparon.

Estás depresiva, estás enferma, tienes astenia primaveral,

¿Ya te has hecho análisis últimamente? Así que, la hormiga se puso enseguida a trabajar como siempre.

Por si acaso.

6

Una hormiguita preguntó nada más nacer cuánto tiempo de vida tenía. Nadie supo contestarle. Es más, sus compañeras se sintieron molestas. Aquella imberbe les estaba dejando en evidencia.

¡Vive y calla!, le respondieron.

7

Una hormiga vegetariana miraba con lástima a las demás.

¡No sabéis las toxinas que lleváis encima! Mi vida, en cambio, es sana y llegaré a vieja, les decía a las demás mientras rascaba tenazmente una zanahoria.

Un día pasó por allí una vaca y, con toda su inocencia, aplastó, de golpe, 737 hormigas, incluida la vegetariana.

8

Una hormiga quería ser santa y no sabía cómo.
Y murió sin saberlo.

9

El amor es lo más erótico que conozco, solía decir aquella hormiga en las tertulias televisivas que hablaban de sexo. Pero cuando le falló el amor, sintió la punzada de la abstinencia y no volvió a aparecer en ninguna pantalla más. Algunas malas lenguas dijeron que la habían visto en un sex-shop. Otras que usaba un consolador. Malas lenguas, pero lenguas de hormiga, no lo olvidemos.

10

Dice la Historia de las Hormigas que en el siglo VIII, antes de la desaparición de los dinosaurios, éstos intentaron repetidamente invadir los hormigueros. Y que luego escribían en sus códices: *Et domuit formicae*. Hemos aniquilado a las hormigas.

Pero no era verdad y cualquier hormiga se sonríe hoy en día al recordarlo.

La prueba es que todavía sigue habiendo productos contra las hormigas en cualquier tienda de barrio.

12

Y cuando el dinosaurio despertó, las hormigas todavía estaban allí.

Termina el desfile de estas hormigas elegidas, y sólo me queda añadir que este tipo de textos han resultado ser mucho más fronterizos de lo que hubiera pensado. Fueron muy bien recibidos como lectura literaria en

algunos actos de carácter casi académico y, al mismo tiempo, uno de ellos, el de la hormiga que se hizo la cirugía estética, es una publicación para primeros lectores en las cuatro lenguas del estado. La publicación dirigida a los lectores más pequeños que tengo. ¿Eran ellos mi lector implícito? No. ¿Lo eran las personas que se reunieron en aquel homenaje académico? Tampoco. ¿Pensaba yo que, en el texto sobre los códices que escribían los dinosaurios después de invadir los hormigueros, alguno de mis alumnos/as universitarios iba a relacionarlo con *Et domuit Vascones*, expresión latina traducida como “dominó a los vascones”? No, por supuesto. Alguna vez que lo he leído ante ellos siempre he tenido que ampliar su competencia literaria: La historiografía nacionalista vasca aplicaba esa frase a todos los reyes godos, de los que siempre se nos dijo que nunca consiguieron dominar a los vascos. ¿Tengo por eso que eliminarlo? No, es obvio. La sombra del lector empírico no puede negarle al escritor el placer de divertirse a mí mismo. Dicho de otra forma, de escribir lo que quiera.

Tampoco su competencia literaria les permite relacionar el texto del dinosaurio con el célebre cuento de Augusto Monterroso: *Y cuando despertó, el dinosaurio estaba allí.*

Por experiencia con universitarios y universitarias, creo poder decir que la mayoría se encuentra, de nuevo en palabras de Emili Teixidor, en una etapa de lectura ingenua, transparente, en lo que respecta a la competencia literaria y por supuesto, a la intertextualidad.

Un libro mío como el que ganó el Premio Nacional de LIJ, “Un cocodrilo bajo la cama”, que, en mi opinión reúne las características estilísticas propias de la Literatura juvenil, ha sido tanto o más apreciado por los adultos, al menos en Euskadi. Mi único libro donde el lector implícito era claramente adulto, tratándose de un relato autobiográfico del primer año que viví en París entre 1968 y 1969, “La fiesta en la habitación de al lado”,

obtuvo el Premio Juul que otorgan los alumnos y alumnas de Secundaria y Bachiller de Navarra.

Así pues, si me atengo a algunas de mis experiencias, las fronteras de la literatura juvenil son fluctuantes y está bien que lo sean. Creo que es un buen síntoma y que debiera fomentarse. Siempre me ha parecido ejemplar que la editorial Siruela recomendase una de sus colecciones a lectores entre 8 y 88 años.

Más aún hoy en día, cuando el lector de Literatura juvenil actual, en términos de Gemma LLuch, es un “consumidor de narrativas”. Cuando los jóvenes circulan igualmente por la consola, la televisión, el ordenador, el cine, como por el libro. Que se relaciona con sus iguales a través de Internet, y que se transforma, con la misma facilidad, de lector en escritor o en realizador.

El supuesto desconocimiento y desconcierto que nos invade hoy en día ante los jóvenes y su cultura no me asusta demasiado. Seguramente, es parecida a la que sintieron nuestros padres ante nosotros. Yo no creo que para escribir literatura infantil o juvenil haya necesariamente que hacer un cursillo intensivo, todos hemos sido niños y jóvenes. Sí en cambio, interesarse por las etapas de la infancia y la juventud, temas eternos y siempre nuevos.

El resto es literatura. Es decir, deseo de comunicación y expresión, necesidad humana de fantasearse, de elaborar y escuchar historias más allá de lo que denominamos lo real. Y de hacerlo para otros, ese otro al que se quiere llegar, al que se quiere gustar, seducir o emocionar, o del que uno se quiere vengar. Y ello, gracias a palabras precisas, genuinas, honestas que nos ordenan, nos exaltan o balsamizan, que abren ventanas y puertas en nuestro interior, que nos dan acceso a un mundo evocador que hace la vida más soportable.

Como decía Roland Barthes, la literatura no sirve para nada, pero hace que respiremos mejor.

Mariasun Landa

Septiembre 2012

BIBLIOGRAFIA MENCIONADA

COLOMER, Teresa. "La formación del lector literario" FGSR 1998

LANDA, Mariasun. "Un cocodrilo bajo la cama". SM. 2004

"La fiesta en la habitación de al lado". Erein, 2007

LLUC, Gemma: "Un nuevo lector juvenil" CLIJ 221.

TEIXIDOR, Emili: "La literatura juvenil. Un género polémico" *Educación y Biblioteca*, 148. 2005